

LA TARDE

DIARIO INDEPENDIENTE DE NOTICIAS Y AVISOS

Apartado n.º 13

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle del Conquistador 88-1.

Imprenta, Sotiedad, 27

NUM. 2080 - AÑO VII

Esta edición ha sido confeccionada antes de las doce de la noche.

CUENTO**TERROR**

FRAGMENTO
Enrique Hamilton había estado todo el día ausente en una ciudad próxima y a la vuelta, para acortar el camino, dirigióse á su casa atravesando el bosque. Un momento antes, sin sospechar lo que le aguardaba, hallábase alegre y se sentía feliz.

Tambaleante me apoyé en la pared, paralizada de horror, y vi, como en un sueño, al hombre que había disparado el tiro bajar la escalera y encaminarse hacia la puerta rápidamente.

Cuando llegó al «hall» sus ojos se fijaron en mí, que estaba apoyada en la pared, privada del uso de la palabra y como petrificada. Se estremeció, clavó su mirada en mi rostro primero incoercionadamente, luego de una manera significativa porque me reconoció.

El me conocía como yo le conocía él, y con una mirada terrible que expresaba ira y triunfo me amenazó con el puño cerrado y desapareció por una pequeña puerta que daba acceso á un camino tortuoso, el cual conducía á la fachada principal de la casa.

Sin embargo, yo permanecí allí inmóvil, convertida en una estatua, imposibilitada para dar un grito.

De pronto oí pasos apresurados y una exclamación ahogada que terminó en un alarido penetrante, y distinguí á Eva que se abalanzaba desesperada en auxilio de su esposo.

«Enrique... Enrique!... exclamó.— ¡Háblame por Dios! ¡Háblame. Enrique háblame! ¿qué?... hay?... ¿Qué... tienes?... ¿Quién te ha herido?— y cayendo de rodillas al lado del cuerpo inanimado de su esposo, levantóle la cabeza y la recostó en su falda.

Entretanto, toda la casa se había puesto en alarma los sirvientes corrían desparlidos, así como algunos de los huéspedes, entre los cuales figuraba un gran médico de Londres.

Este último se arrodilló y tocó el corazón al herido; luego hizo señas á uno de los caballeros presentes para que retiraran á Eva de allí.

Pero ella ya se había dado cuenta de la realidad y dirigiendo una mirada de muda suplicación al doctor cayó al suelo, lanzando un grito de dolor, sobre el cadáver de su esposo.

Después de esto no supe lo que pasó, ni recuerdo nada.

Todo se borró de mi mente. «Es un ataque cerebral», di que decían, y cuando desperté del prolongado sueño y delirio en que había caído, me sentí impotente y tan débil como una criatura.

Demanara que al volver de nuevo á mi memoria el recuerdo del pasado, se apoderó de mí un frenético anhelo de alejarme de allí... de irme de aquel lugar en donde había sufrido tan terribles paroxismos de terror.

Mi madre, que había venido á cuidarme, y la enfermera, se negaron á responder á mis preguntas sobre Eva, dándome el pretexto de que no debía hablar y el médico había ordenado que estuviera muy tranquila; pero, lentamente y poco á poco supe la suerte de mi pobre amiga.

Ella también había muerto.

El hijo de Enrique y Eva había nacido el día que murió su padre, y la desesperada joven esposa y madre, no teniendo amor á la vida, se fué tranquilamente del mundo, junto con su paquín, inocente víctima de esta tragedia.

El asesino fué perseguido, pero pasaron años antes de que se le encontrara. Hallábase recluido en un manicomio particular. Tenía momentos de lucidez y en uno de ellos le contó la siguiente historia á su médico:

«Mi abuela murió loca y siempre se sentía dentro de mí algo terrible que indicaba la herencia de tan fatal desgracia.

Pero en los días felices de mi juventud en que me encontraba en pleno juicio, como amaba entrañablemente la música, pedí permiso á mi tutor (porque mis padres habían muerto) para ir á Alemania á estudiar bajo la dirección de buenos maestros.

Estuve algunos años en Elsberg,

pero, después de terminada mi educación musical, entré á formar parte de la orquesta que tocaba en el Kursaal y poco á poco llegué á ser el primer violinista.

Pero los violinistas, ocupan el primer puesto ó no, generalmente no disponen de mucho dinero, y para aumentar mis recursos, dado que á los 21 años me habían retirado la pensión que gozaba, empecé á dar lecciones en los colegios de la ciudad.

Entre mis discípulas estaba Eva Bolton, que tenía entonces 16 años y era muy bonita, graciosa y encantadora, pero como después descubrí, sumamente coqueta.

Flirteó conmigo terrible, cruelmente como lo suelen hacer algunas niñas vanas. ¡Y yo la amaba! Pero ella no se fijó en eso. Cuando se cansó de este entretiempo me arrojó á un lado como se arroja un guante usado y mis cartas no recibieron contestación, es trellándose mis esfuerzos en su silencioso desdén. Me enloquecí, la aména cíe si no me escuchaba y al fin consintió en esto último.

Una noche vió á verse conmigo á solas como lo había hecho antes, y mostróse cariñosa como en los primeros tiempos. Trató primero de apaciguarla con promesas, pero al fin, viendo yo que la apuraba, consistió en escaparse conmigo al siguiente dia. Creo que cedió dominada por el miedo, porque ahora recordó la mirada aterrada de sus ojos y el temblor de sus labios al despedirse.

Después me di cuenta de que ya no le importaba nada de mí y que estaba ansiosa por alejarse de mi lado y ponerte en salvo.

A la noche siguiente nos debiamos reunir fuera de la ciudad, donde yo tendría preparado un carro para cuando ella llegara...

«Necesito decir que faltó á la cita? Hora tras hora esperé en vano y al dia siguiente recibí una tarjetita de ella diciéndome que la perdonara, pero que le había faltado valor para acudir á cumplir lo prometido y se había ido de Elsberg para siempre.

Juré, lleno de ira, vengarme; después perdí la razón.

Cuando de nuevo recuperé el juicio, el deseo de venganza me dominaba aún y aumentó más al saber, por casualidad, que Eva iba á casarse muy pronto con su primo, un caballero inglés, que había ido una vez á Elsberg á visitarla.

Juntamente el poco dinero que tenía emprendí el viaje á Inglaterra con el fin de seguirle la pista.

Dos días después de llegar á Londres tuve la suerte de encontrarla en la calle con una joven amiga, la señorita M. L. Bayne. Fué en Kensington donde la vi y la seguí hasta su casa porque estaba decidido á vigilar constantemente la residencia de Eva para tratar de verme con ella á solas.

No me atrevía á frecuentar mucho las calles á la luz del día, pues comprendí que de nuevo se apoderaba de mí la locura y no deseaba que las gentes se dieran cuenta de mi estado.

Vigilaba de noche; algunas veces permanecía horas enteras atisbando, confiado en ver volver de las diversiones y fiestas á que asistía, porque yo conocía bien á Eva y estaba seguro de que estando en Londres no desperdiciaría ningún entretenimiento á que pudiera concurrir, dado que era tan amante de los goces de la vida.

No tuve éxito. De una u otra manera evadí en contrarse conmigo, á pesar de mi constante y ansiosa vigilancia, como también fueron inútiles los espías que puse frente de la casa de la señorita Bayne.

Sobre esta niña traté de establecer una especie de influencia hipnótica.

Noche tras noche me esperaba y vi pintado en sus ojos el mismo terror que había notado en los de Eva.

Confiable en que esta influencia adquirida sobre la señorita M. L. Bayne la obligaría más tarde ó más temprano á decirme dónde podría encontrar á su amiga.

Al fin un dia vi en un diario viejo el anuncio del casamiento de Eva, el nombre de su esposo y el lugar de su residencia.

Por casualidad había entablado amistad con un amigo del señor Hamilton que era tan aficionado á la música como yo.

Este individuo me prometió llevar-

me á Irlanda en el curso del verano, porque él estaba convocado para ir á casa de los Hamilton y ayudarlos en algunas representaciones teatrales y conciertos que iban á dar.

Pero los violinistas, ocupan el primer puesto ó no, generalmente no disponen de mucho dinero, y para aumentar mis recursos, dado que á los 21 años me habían retirado la pensión que gozaba, empecé á dar lecciones en los colegios de la ciudad.

Entre mis discípulas estaba Eva

Bolton, que tenía entonces 16 años y era muy bonita, graciosa y encantadora, pero como después descubrí, sumamente coqueta.

Flirteó conmigo terrible, cruelmente como lo suelen hacer algunas niñas vanas. ¡Y yo la amaba! Pero ella no se fijó en eso. Cuando se cansó de este entretiempo me arrojó á un lado como se arroja un guante usado y mis cartas no recibieron contestación, es trellándose mis esfuerzos en su silencioso desdén. Me enloquecí, la aména cíe si no me escuchaba y al fin consintió en esto último.

Una noche vió á verse conmigo á solas como lo había hecho antes, y mostróse cariñosa como en los primeros tiempos. Trató primero de apaciguarla con promesas, pero al fin, viendo yo que la apuraba, consistió en escaparse conmigo al siguiente dia. Creo que cedió dominada por el miedo, porque ahora recordó la mirada aterrada de sus ojos y el temblor de sus labios al despedirse.

Después me di cuenta de que ya no le importaba nada de mí y que estaba ansiosa por alejarse de mi lado y ponerte en salvo.

A la noche siguiente nos debiamos reunir fuera de la ciudad, donde yo tendría preparado un carro para cuando ella llegara...

«Necesito decir que faltó á la cita? Hora tras hora esperé en vano y al dia siguiente recibí una tarjetita de ella diciéndome que la perdonara, pero que le había faltado valor para acudir á cumplir lo prometido y se había ido de Elsberg para siempre.

Juré, lleno de ira, vengarme; después perdí la razón.

Cuando de nuevo recuperé el juicio, el deseo de venganza me dominaba aún y aumentó más al saber, por casualidad, que Eva iba á casarse muy pronto con su primo, un caballero inglés, que había ido una vez á Elsberg á visitarla.

Juntamente el poco dinero que tenía emprendí el viaje á Inglaterra con el fin de seguirle la pista.

Dos días después de llegar á Londres tuve la suerte de encontrarla en la calle con una joven amiga, la señorita M. L. Bayne. Fué en Kensington donde la vi y la seguí hasta su casa porque estaba decidido á vigilar constantemente la residencia de Eva para tratar de verme con ella á solas.

No me atrevía á frecuentar mucho las calles á la luz del día, pues comprendí que de nuevo se apoderaba de mí la locura y no deseaba que las gentes se dieran cuenta de mi estado.

Vigilaba de noche; algunas veces permanecía horas enteras atisbando, confiado en ver volver de las diversiones y fiestas á que asistía, porque yo conocía bien á Eva y estaba seguro de que estando en Londres no desperdiciaría ningún entretenimiento á que pudiera concurrir, dado que era tan amante de los goces de la vida.

No tuve éxito. De una u otra manera evadí en contrarse conmigo, á pesar de mi constante y ansiosa vigilancia, como también fueron inútiles los espías que puse frente de la casa de la señorita Bayne.

Sobre esta niña traté de establecer una especie de influencia hipnótica.

Noche tras noche me esperaba y vi pintado en sus ojos el mismo terror que había notado en los de Eva.

Confiable en que esta influencia adquirida sobre la señorita M. L. Bayne la obligaría más tarde ó más temprano á decirme dónde podría encontrar á su amiga.

Al fin un dia vi en un diario viejo el anuncio del casamiento de Eva, el nombre de su esposo y el lugar de su residencia.

Por casualidad había entablado amistad con un amigo del señor Hamilton que era tan aficionado á la música como yo.

Este individuo me prometió llevar-

me á Irlanda en el curso del verano, porque él estaba convocado para ir á casa de los Hamilton y ayudarlos en algunas representaciones teatrales y conciertos que iban á dar.

El nuevo Director del Banco de España D. Félix Gili y Brades ha tenido la atención de dirigirnos un B. L. M. participándose que anteayer tomó posesión de dicho cargo, en el cual le deseamos mucho acierto, al par que agradecemos la delicadeza tenida con nosotros.

Personal

El 26 de junio el Director del Banco de España D. Félix Gili y Brades ha tenido la atención de dirigirnos un B. L. M. participándose que anteayer tomó posesión de dicho cargo, en el cual le deseamos mucho acierto, al par que agradecemos la delicadeza tenida con nosotros.

Por noticias particulares sabemos que en los exámenes que se verificarán en la Corte para el ingreso en el cuerpo de Intérpretes de Puertos, han obtenido el mejor resultado.

Al día siguiente que llegué á Irlanda cometí el crimen. Nadie hubiera tenido poder para impedirlo. Cien demonios me indujeron ó mejor dicho, me impusieron llevarlo á cabo; mi sangre ardía como fuego. Veía á Eva que estaba radiante, encantadora; convencíame de que yo no ocupaba ningún lugar en su vida y que su único sentimiento respecto á mí—estos eres, si se acordaba de mí—era un profundo y terrible desprecio. Todo esto me impulsó á perpetrar el crimen.

Lo único que recuerdo, cuando salí huyendo, es través de los despoblados de la desolada Irlanda, son los ojos de esa misma niña amiga de Eva, mille cent Bayne, que me vió cometer el horrible acto de venganza. Creo que esos ojos me perseguirán hasta la hora de mi muerte.

Pocos días después de esa confesión murió.

No queda mucho que añadir. Despues de estos terribles acontecimientos me volví á casa; pero estaba demasiado impresionada y la espantosa influencia de ese hombre fatídico me parece algunas veces que ha echado en mi profundas raíces. De nuevo veo la cara burlona, la mirada maligna, los dientes afilados y los ojos chispeantes de ira.

Algunas veces en mis sueños se me presenta en el momento de cometer el crimen y paso por los instantes de agonía de aquella terrible ocasión. Entonces me despierto temblando y una especie de desesperación se apodera de mí, porque conozco que nunca volveré á ser la mujer de antes y seré por siempre la esclava á la fuerza de aquel hombre siniestro que ha destruido la tranquilidad de mi vida.

Dicen que en la tumba se encuentra la paz; tal vez sea así... ¿por qué no? quién lo sabe acaso?

A Felicia

De Enseñanza

Notas del Puerto

Entradas

Hoy á las diez debe de haber llegado procedente de Valencia á Ibiza el vapor correo «Julio».

Ayer llegó de Barcelona el vapor correo «Cataluña».

También se debían celebrar los de Física para los alumnos de Náutica y tribunal lo formarán los señores Botía, del Riego y Berga.

A última hora de ayer se aplazaron para el dia siguiente á las 8 y media de la mañana.

Para mañana están anunciados también los exámenes de francés, curso segundo para los del Bachiller el tribunal estará formado por los señores Sanchez, Champrau y Verdaguier.

Ayer se verificaron los exámenes de Literatura y Composición el tribunal estaba formado por los Sres. Sanchez y Verdaguier y Champrau.

Lambién se verificaron los de Algebra y Trigonometría y los de dibujo.

Para el martes hay anunciodos los exámenes de Ciencias Físicas, Naturales e higiene y los de prácticas de Enseñanza formando tribunal los señores D. Joaquín Botía, D. Sebastián Font Martorell y D. Miguel Porcel, el mismo tribunal juzgará los exámenes de Trabajos manuales.

También se verificaron los de ejercicios corporales.

ECOS DE SOCIEDAD

Viajeros

En el vapor correo «Bellar» salieron ayer tarde para Barcelona D. Francisco Cujado, D. Francisco Garay, don Federico Martínez, D. Antonio Beltrán,

D. Antonio Mas, D. María Rosas, don Francisco Tomás y D. Rafael Varell.

